

Los territorios del Pacto Galeuzca ante el espejo irlandés (1916-1936)



ROLDÁN JIMENO ARANGUREN

Universidad Pública de Navarra/Nafarroako Unibertsitate Publikoa
[roldan.jimeno@unavarra.es <http://orcid.org/0000-0002-1400-282X>]

I gCuimhne mo chara agus mo chomhghleacaí Tom níLideadha
(‘En memoria de mi buen amigo y colega Tom Liddy’)

1. Introducción

La doctrina formulada hasta 1936 por los nacionalismos catalán, vasco y gallego para alcanzar un mayor autogobierno o incluso lograr la independencia, estuvo frecuentemente sustentada, desde el punto de vista comparado, en las realidades coetáneas protagonizadas por los movimientos de emancipación nacional del resto de Europa. Entre todos los modelos invocados, sobresalió el proceso que culminó en la creación del Estado libre de Irlanda y la posterior República de Irlanda. La influencia irlandesa en los nacionalismos periféricos ibéricos es bien conocida gracias a los estudios desarrollados por el historiador referencial en el tema, Xosé Manoel Núñez Seixas (1992, 25-58; 1995a, 381-422; 1998, 169-190; 2012, 547-562 y 2017, 447-482), al que habremos de sumar los trabajos de Jordi Llorens (1988), José María Lorenzo Espinosa (1992b, 239-247), Ander Delgado (2002, 289-317), José María Cardesín Díaz (2006, 93-105), Enric Ucelay (2006, 75-118), Joan-Carles Ferrer (2007), Albert Balcells (2013, 85-104), Giovanni C. Cattini (2019, 349-357), Kyle McCreanor (2019, 2020) y Pere Soler Paricio (2021, 91-122; 2022, 99-132), por citar los más significativos.

En el presente trabajo volveremos sobre esta conocida influencia irlandesa, abordándola desde una perspectiva comparada entre los tres nacionalismos ibéricos, y más específicamente incidiendo en la influencia que la causa irlandesa ejerció en la articulación de las estrategias y alianzas comunes, como la Triple Alianza y el posterior Pacto Galeuzca. Observaremos, así, los vaivenes que tuvo aquella relación, con puntos álgidos de admiración y otros de más prudencia, para acabar en la decepción de los nacionalistas a raíz de la guerra civil.

* [Enviado 2024-06-17 • Aceptado 2024-10-28] • DOI: <https://doi.org/10.58504/rgu.38.5>

Cabe recordar que, con anterioridad al alzamiento de Pascua irlandés, los nacionalismos periféricos se fijaron, sobre todo, en aquellos estados que habían alcanzado la independencia, Cuba y Filipinas, sin desatender, en todo caso, la mirada hacia la lucha que Irlanda mantenía para obtener su autonomía. Los modelos en los que inspirarse se multiplicaron a raíz de los múltiples movimientos independentistas europeos producidos tras la Primera Guerra Mundial, erigidos en ejemplos de insurgencias militares contra la opresión. Entre todos ellos, el que mayor influencia ejerció fue el levantamiento de Pascua de 1916, erigido en auténtico símbolo para catalanes, vascos y, en menor medida, gallegos, y que marcó en buena medida los discursos de las posteriores campañas en favor de las respectivas autonomías entre 1917 y 1919.

Fracasado el movimiento autonómico y ya bajo el supuesto amparo que a las minorías nacionales otorgaba la Sociedad de Naciones, Acció Catalana realizó en junio de 1923 un llamamiento a nacionalistas vascos y gallegos para forjar un bloque unitario desde el que plantear una desvinculación del Estado español. Se trataba de replicar el reciente y exitoso proceso irlandés. Este llamamiento fue suscrito en la Diada de 1923 por el Partido Nacionalista Vasco, la Comunión Nacionalista Vasca, las Irmandades da Fala, la Irmandade Nazionalista Galega, Estat Catalá y Unió Catalanista. Surgió, así, el Pacto de la Triple Alianza, de existencia efímera, pues triunfó inmediatamente el golpe militar que abrió la Dictadura de Primo de Rivera. La experiencia, sin embargo, sentó un importante precedente que volvió a reeditarse una década después, el 25 de julio 1933, en Santiago de Compostela, con la denominación de Galeuzca. En este nuevo pacto de los movimientos nacionalistas catalán, vasco y gallego, la influencia irlandesa no fue tan decisiva, pues la apuesta de los impulsores de la nueva alianza no pasaba por lograr la independencia, sino una autonomía lo más amplia posible. La primera Galeuzca quedó desactivada por las endémicas divisiones y escisiones que sufrieron las formaciones nacionalistas durante los convulsos meses siguientes que siguieron a la constitución de la alianza.

La otrora admiración hacia Irlanda quedó sepultada en los años de la guerra civil española, cuando los irlandeses se alinearon masivamente con el bando nacional. El espejo de bruñido marco dorado en el que se miraban los nacionalismos periféricos quedó hecho añicos.

Este artículo es resultado de una ponencia impartida en el *Seminario Galeuzca y las relaciones históricas entre Galiza, País Vasco-Navarra y Catalunya*, celebrado el 14 de noviembre en Donostia-San Sebastián y organizado por el Instituto Gerónimo de Uztariz, la Asociación de Historiadores Guipuzcoanos Miguel de Aramburu y Koldo Mitxelena Kulturunea. En aquella ponencia y en el presente artículo he pretendido realizar un recorrido sintético de la evolución política e institucional que

experimentaron los protagonistas del pacto de Galeuzca en relación a Irlanda y su proceso de Independencia, a partir de un análisis de la historiografía especializada sobre las relaciones de los nacionalismos vasco, catalán y gallego y sobre las relaciones que cada uno de ellos tuvo con el nacionalismo irlandés en el primer tercio del siglo XX. Faltaba un análisis de conjunto sobre la materia, objetivo que pretendemos cubrir con este trabajo, poniendo especial énfasis en la voluntad, pero también en las limitaciones de reproducir el modelo irlandés por parte los nacionalismos periféricos del Estado español.

2. Los antecedentes de la admiración catalana, vasca y gallega hacia Irlanda

Irlanda había despertado en el último cuarto del siglo XIX una especial admiración hacia los escritores y estudiosos catalanes, vascos y gallegos desde sus respectivos renacimientos político-culturales, a los que cabría sumar, en otros territorios, algún autor regionalista, como el cántabro José María de Pereda. Las referencias literarias sobre Irlanda fueron frecuentes en la literatura catalana de aquel período, pero fue, sobre todo, a partir de los años ochenta, cuando la actividad política de Charles Stuart Parnell fue puesta como ejemplo para la politización del catalanismo por parte del grupo de Valentí Almirall o por parte del grupo de Vic. Autores como Artur Gallard, Frederic Soler y otros, escribieron poesías sobre los dos países, incidiendo en sus respectivas luchas por la libertad (Sunyer, 2015, 110-111).

La *Renaixença*, la *Eusko Pizkundea* y el *Rexurdimento* operaron de manera coordinada y solidaria, tal y como quedó ejemplificado en los juegos florales que se hicieron en cada uno de los territorios y en los que participaron representantes de todos ellos. Àngel Guimerà, en su discurso impartido como presidente de los *Jocs Florals* de Barcelona de 1889, incidió en la importancia de aquel hermanamiento, cuando, tras un ejercicio de erudición histórica, se refirió a la solidaridad entre los pueblos oprimidos peninsulares saludando, en primer lugar, a vasconavarros y gallegos.¹

Durante este período fue en las provincias forales donde, tras el final de la última guerra carlista y la consiguiente pérdida de los fueros de 1876, había comenzado a advertirse la existencia de un paralelismo político con la realidad irlandesa. Así se evidenció en los actos desarrollados en Bilbao en abril de 1881 con motivo de la fundación de la Sociedad Euskalerría, en los que se reivindicó «para nosotros algo de lo que han conseguido los húngaros y están consiguiendo los bohemios en Austria; mucho de lo que piden y algún día conseguirán los irlandeses en Gran Bretaña» (Cit. Delgado, 2002, 297-298). Los miembros de la Asociación Euskara de Navarra lo concebían de manera similar, subrayando también en 1881 que Polonia e Irlanda constituían modelos para la defensa de los fueros (Nieva, 1999: 182-187).

En Galicia la admiración se centraba en los comunes lazos culturales celtas con Irlanda. El regionalista Manuel M. Murguía y no pocos autores galleguistas del último cuarto de la decimonovena centuria combatieron la idea de la unidad étnica

de España, reivindicando la construcción del *volksgeist* propio basado en la etnia celta de Galicia e invocando Irlanda (*Éire*) como ejemplo a seguir, pues estaba, por su importancia, a la cabeza de los territorios celtas, que se completaban con las naciones de Escocia (*Alba*), Gales (*Cymru*), Cornualles (*Kernow*), la isla de Man (*Mannin* o *Ellan Vannin*) y Bretaña (*Breizh*) (Maíz, 2000, 177, 189-190). Fuera del universo británico, como ocurría con los gallegos, los bretones también tuvieron a Irlanda como el modelo sobre el que construir su propia identidad proyectada hacia el panceltismo (Rubio, 2011, 131-158). La admiración de Galicia hacia Irlanda quedó elevada a himno a finales del siglo XIX de la mano del poeta regionalista Alfredo Brañas, en forma de corolario de su conocido poema «Nós como eles»:

«IRLANDA... la isla / perla de los mares, es la tierra dulce / de mis canciones, / tierra de orgullosos / colonos fuertes, / ayer fuisteis esclavos, / hoy sois amos... / ¡Levántate, labriego! ¡Levántate y anda! / ¡Como en Irlanda! ¡Como en Irlanda!».²

Los nuevos movimientos nacionalistas periféricos siguieron con expectación episodios trascendentales como la creación por parte de Charles Stuart Parnell del partido autonómico Home Rule Party, el encarcelamiento de este político en la cárcel dublinense de Kilmainham (1881), la fundación de la Asociación Atlética Gaélica defensora de las tradiciones irlandesas (1884), los proyectos de estatutos de autonomía rechazados en el Parlamento (1886 y 1892), la Liga Gaélica (*Conradh na Gaeilge*), organización fundada para mantener la lengua gaélica en Irlanda (1893), o la fundación por Arthur Griffith del partido *Sinn Féin* ('Nosotros mismos') en 1905 (*cf.* Llorens, 1988; Núñez Seixas, 2017, 450-451, 453-454).

En concreto, el acontecimiento histórico que fue seguido con un mayor interés desde la península fue la reivindicación de Parnell, en 1886, pretendiendo lograr la autonomía de Irlanda en el Parlamento Británico. Aquel hecho fue especialmente relevante para los catalanistas, que querían construir un partido parlamentario. Lo mismo ocurría en el País Vasco y, en menor medida, en Galicia. Por su parte, los nacionalistas católicos más tradicionales elogiaban el catolicismo irlandés como seña de identidad nacional, admiración que hacían extensiva hacia el movimiento polaco. Las loas hacia la isla celta se extendían a las izquierdas, especialmente en Cataluña, con consideraciones como las de Josep Narcís Roca i Farreras, para quien el movimiento nacionalista irlandés era ejemplar porque asociaba la reforma agraria promovida por la Land League con la causa nacional (Balcells, 2013, 87).

El interés por Irlanda no decayó en Cataluña, Euskadi y Galicia, aunque recobró fuerzas renovadas en el marco de la crisis del sistema de la Restauración borbónica, en los años que discurrieron a partir del final de la Primera Guerra Mundial y la eclosión del principio de las nacionalidades o de la autodeterminación de los pueblos del presidente norteamericano Wilson. Fue cuando se asistió a la gran efervescencia autonomista protagonizada en Cataluña, Euskadi y Galicia por los movimientos nacionalistas. Para entonces, Irlanda llevaba cuatro décadas luchando por tener un estatuto de autonomía, reivindicaciones que habían cobrado especial

fuerza en 1912 cuando se constituyó la Fuerza de los Voluntarios del Ulster, surgió para impedir la autonomía (*Home Rule*); y en 1913, cuando el líder del Partido Unionista, Edward Carson, aglutinando a los protestantes del Ulster, lideró una campaña contra la autonomía (*cf.* Ucelay, 2006, 79-82).

En el País Vasco, un seguidor de Sabino Arana, Luis Eleizalde, dio a las prensas su conocido ensayo *Países y razas. Las aspiraciones nacionalistas en diversos pueblos* (Bilbao, 1914), en forma de análisis comparado de diversas nacionalidades europeas emergentes. Comenzó con el ejemplo irlandés, aunque no desatendió otros como Polonia, Croacia o Serbia, incidiendo, sobre todo, en aspectos culturales configuradores de la conciencia nacional como la lengua y la educación. Pretendía que aquellos modelos sirvieran de ejemplo al renacimiento nacional vasco (Eleizalde, 1999). En Cataluña, el historiador Antoni Rovira i Virgili desarrolló una obra análoga, su monumental *Historia dels moviments nacionalistes*, publicada en tres volúmenes entre 1912-1914 y traducida al castellano en 1919, en la que comparó las reivindicaciones nacionales de Cataluña con otras europeas. A diferencia de Eleizalde, Rovira y Virgili era un nacionalista republicano y de izquierdas. Su libro recorrió con gran erudición los movimientos nacionalistas europeos, tanto los más grandes y referenciales como los más pequeños. En el primer tomo, publicado en 1912, se fijó en los movimientos de Finlandia, Polonia, Lituania, Ucrania, Schleswig, Alsacia-Lorena y Flandes; el segundo, aparecido un año después, analizó los de Bohemia, Eslovaquia, Trieste y Trentino, Croacia, Hungría y Transilvania; y el tercero, salido de las prensas en 1914, abordó Albania, Epiro, Creta, Macedonia, la Vieja Serbia y Armenia, así como los conflictos de intereses surgidos en los Balcanes entre Austria, Italia y el Imperio turco. En lo que a nosotros concierne, lo interesante de este tercer volumen radica en su colofón, construido a modo de conclusión a partir de los ejemplos de las naciones más semejantes entre sí: Irlanda, Euskadi y Cataluña (Rovira i Virgili, 1912-1914; *cf.* Balcells, 2013, 91). La vindicación de la libertad nacional por parte de Irlanda fue uno de los ejes fundamentales de la doctrina de Rovira, junto con el debate nacional sobre el estatus de los pueblos europeos tras la Primera Guerra Mundial, la emergencia de las denominadas «minorías nacionales» de Europa oriental, la defensa de los derechos colectivos y la defensa de la revolución democrática no comunista (Ferré, 2011, 121).

3. Percepciones en torno al alzamiento de Pascua

Las noticias del fallido levantamiento de Pascua de 1916 y del subsiguiente fusilamiento de los catorce dirigentes de esta insurrección impregnaron inmediatamente las conciencias nacionales de Cataluña y Euskadi, donde la violencia insurreccional estaba todavía muy presente en las conciencias colectivas, tanto por el recuerdo de las antiguas guerras carlistas como por las más recientes actuaciones de grupos de izquierdas, especialmente de la CNT.³ El alzamiento irlandés fue especialmente celebrado por los sectores más radicales de los nacionalismos catalán y vasco (Núñez

Seixas, 2017, 451-452, 456-460) y, de manera más tamizada, por el nacionalismo gallego, si bien alguno de los textos literarios más fervorosos inspirados por el *Easter Rising* se escribieron en lengua gallega, como los del poeta Ramón Cabanillas, quien, en su libro *Da terra asoballada* (1917) denunció la opresión castellana de Galicia.⁴

La sublevación irlandesa no solo fue aplaudida por los nacionalistas; los carlistas también mostraron su simpatía, en su caso debido a su conocida anglofobia y a su catolicismo ferviente (Soler, 2022, 100).

Como venimos advirtiendo, el espejo irlandés no fue el único en el que catalanes, vascos y gallegos se miraron en aquellos años, pero sí el más lustroso. El largo, tortuoso y sangriento proceso de la independencia irlandesa coincidió en el tiempo con el surgimiento de nuevos estados por la descomposición de los imperios centroeuropeos antes, durante y después de la Gran Guerra (Albania, 1912; Finlandia, 1917; Polonia, Checoslovaquia, Estonia, 1918). Por aquellos años también se asistió a la independencia gradual de Egipto, con el intento del partido nacionalista Wafd de lograr la independencia (1919) y la proclamación del estatus de independencia (1922), culminado en la promulgación de la Constitución de 1923. Todos estos ejemplos, sin la fuerza de Irlanda, también fueron invocados por los nacionalismos catalán, vasco y gallego.

Las doctrinas nacionalistas de la periferia ibérica no solo se fijaron en naciones en gestación o recién alumbradas. La invocación de los modelos nacionales foráneos se revestía de nuevas teorizaciones sobre las configuraciones nacionales, en ocasiones divergentes, como la doctrina liberal impulsada por el presidente norteamericano Woodrow Wilson o las tesis de Lenin consagradas en la Constitución soviética. También resultó frecuente acarrear la abundante y contundente doctrina que precedió y siguió a la creación de la Sociedad de las Naciones el 28 de junio de 1919.⁵

Todos estos ingredientes fueron cocinados a fuego rápido en el marco de las trepidantes campañas en favor de los estatutos de autonomía desarrolladas entre 1917 y 1918, en un momento en el que los nacionalismos alcanzaron una gran expansión y en el que el Estado español vivió una importante crisis. Desde entonces, los nacionalismos catalán, vasco y gallego no dejarían de seguir con detalle la evolución que tuvo el movimiento irlandés, aunque su vía insurreccional no fuese por entonces la alternativa más deseada por los nacionalistas periféricos. El autonomismo impulsado por la Lliga Regionalista en Cataluña, por la Comunión Nacionalista Vasca en Euskadi y por las Irmandades da Fala en Galicia no planteó escenarios rupturistas. Grandes ideólogos de estas formaciones políticas marcaron distancias con Irlanda. Fue el caso de Antoni Rovira i Virgili, quien, a la par que condenaba las ejecuciones del ejército inglés, consideraba, como muchos catalanistas coetáneos, que una victoria aliada favorecería a las nacionalidades sometidas; deploraba, por ello, el fallido levantamiento del *Sinn Féin* en 1916, pues este podía beneficiar a Alemania (Balcells, 2013, 91). Por su parte, en Euskadi, Ramón de la Sota y Llano,

anti-sinnfeiner y uno de los líderes de la Comunidad Nacionalista Vasca –denominación que adoptó desde 1916 la corriente más moderada del nacionalismo vasco–, condenó el *Easter Rising* y presionó para que no se apoyase la insurrección irlandesa. En su caso, pesaban las fuertes conexiones económicas que él mismo mantenía con el mundo británico. Más allá de esta postura marcada por su realidad individual, desde el nacionalismo vasco se optó por la defensa del autonomismo y de la moderación encarnada por John Redmond y el Partido Nacionalista Irlandés –el *Irish Parliamentary Party*–, que criticaban al *Sinn Féin* por la forma en que se organizó el Alzamiento (Lorenzo, 1992b, 242-244; Ugalde, 1996, 217-225; Ruiz Descamps, 2011, 115).

Muy al contrario, los nacionalistas más radicales de Cataluña y Euskadi concibieron la estrategia de acción directa del *Sinn Féin* como toda una hoja de ruta a seguir (Ferrer, 2007). La apuesta política más «irlandesa» fue la de uno de los principales promotores del nacionalismo catalán de aquellos años, Daniel Cardona i Cívit, que invocó el modelo insurreccional irlandés, alejándose de toda propuesta autonomista. Este abogado, conocido también con los sobrenombres de Vibrant y el muy elocuente de L'Irlandès, había vivido en primera persona el levantamiento de Pascua, hecho que le inspiró y animó a intentar construir un camino hacia la independencia de Cataluña (Rubiralta, 2023). Bajo ese influjo irlandés, Cardona creó en mayo de 1918 el semanario *Estat Català: setmanari de intransigència nacionalista*,⁶ sobre el principio de que a cada nación le correspondería tener un estado independiente (Rubiralta, 2021). Por lo que respecta a Euskadi, la causa de los sinn-feiners irlandeses tuvo feliz acogida en el aranismo radical escindido de la Comunidad Nacionalista Vasca, representado por Luis Arana Goiri y Elías Gallastegi –*Gudari*–, que apostaron por comenzar la lucha por la independencia, rompiendo los vínculos con España. Así, la causa independentista irlandesa pasó a ser el espejo para los jóvenes que luchaban por la liberación vasca (Lorenzo, 1992a, 1992b, 245-246; McCreanor, 2019, 24-26).

A diferencia de catalanes y vascos, el proyecto nacionalista gallego no tuvo un carácter separatista, aunque, tras el alzamiento de Pascua, la mirada hacia Irlanda desbordó el ámbito meramente cultural y pasó a adquirir un nuevo significado político, coincidiendo con el surgimiento de las Irmandades da Fala en 1916 (Cardesín, 2006, 94). Este movimiento, construido sobre la base del anterior regionalismo de Manuel Murguía y extendido hasta 1931, reivindicó el carácter plurinacional del Estado español, al igual que lo harían posteriormente Irmandade Nazionalista Galega (1922-1924) y el Partido Galleguista (1931-1936). Todos ellos propugnaban alcanzar las cotas máximas posibles de autogobierno dentro del Estado común español, la democratización del sistema político y la regalleguización de Galicia (Beramendi, 1999, 147-170). El Manifiesto surgido de la Primera Asamblea Nazionalista organizada por las Irmandades da Fala en 1918, propugnaba la organización confederal de España, en la que Galicia adquiriría la plena autonomía política y en

la que se haría todo lo posible para alcanzar acuerdos encaminados a lograr la confederación con Portugal (Cardesín, 2006, 102-103 y 104). En Galicia, por tanto, se huyó del modelo rupturista irlandés, aunque se continuó loando la unión natural existente con Irlanda, subrayando los vínculos étnicos existentes entre ambas naciones celtas. Este pan-celtismo cobró especial popularidad cuando Vicente Risco formuló a partir de 1916-1917 su conocida *Teoría do nazionalismo galego*, publicada finalmente en 1920 (1994 [1920]). En adelante, Irlanda sería todo un referente de afirmación étnica para los gallegos (Núñez Seixas, 1992, 28).

4. El fracaso del movimiento autonomista y el camino hacia la independencia irlandesa como modelo a seguir

El fracaso del movimiento autonomista en 1919 precipitó el reagrupamiento de las diferentes corrientes nacionalistas en torno al modelo irlandés, tanto las más radicales como las más moderadas (Ucelay, 2006, 75-118). Las campañas autonomistas catalana, vasca y gallega habían fracasado por la oposición mayoritaria en las Cortes españolas, lo que contrastaba con el triunfo indiscutible logrado por el *Sinn Féin* en Irlanda en las elecciones de 1918, hecho seguido de la negativa de los diputados de este partido a ir a Londres y de la creación de un Parlamento independiente en Dublín, el *Dáil*. La admiración hacia *Éire* era ciega. Haciendo nuestras las palabras de Enric Ucelay, «por encima de todo, con cada día que pasaba en 1919, los catalanistas radicales estaban literalmente embriagados con la experiencia de la guerra civil de los nacionalistas irlandeses contra la soberanía británica» (2006: 77). En aquel contexto, el 4 de febrero de 1919, el diputado autonomista catalán Pere Rahola advirtió a las Cortes españolas de que la intransigencia de España frente a las demandas de autonomía de Cataluña podría provocar un auge de los sentimientos independentistas, argumento que ilustró con el ejemplo de Irlanda, donde, tras fracasar el autonomismo, triunfó el *Sinn Féin* (Balcells, 2013, 94).

Los acontecimientos se precipitaban. El 2 de febrero de 1919 Francesc Macià creó la Federació Democràtica Nacionalista, una organización política sucesora de la Associació Nacionalista Catalana (Molas, 1974, 137-153) y a la que se adhirió Daniel Cardona, quien, junto con otros militantes, impulsó en su seno una línea paramilitar, siguiendo el modelo irlandés (Núñez Seixas, 1992, 43). Asimismo, el viejo catalanismo conservador de Unió Catalanista se sumaba por entonces a la causa irlandesa, como quedó patente en *L'Intransigent*, el periódico de las juventudes nacionalistas adherido a este partido político, donde encontramos una breve columna publicada el 1 de octubre de 1920 sintetizando la realidad irlandesa y aludiendo también, desde una perspectiva de derecho comparado, a los fundamentos jurídicos que sustentaron las independencias de Bélgica, Polonia, Hungría y Egipto.⁷

Euskadi también vibraba con las noticias que llegaban de Irlanda. La contundente victoria del partido republicano *Sinn Féin* en las elecciones generales de diciembre de 1918 y el fracaso de la campaña autonomista vasca en 1919, hizo retor-

nar a la Comunión Nacionalista Vasca hacia el modelo del republicanismo irlandés, hasta el punto de que esta formación elaboró durante un tiempo un expediente de prensa informativo acerca de la evolución del movimiento nacionalista gaélico (Soler 2022, 100). Eduardo Urrutia, vicepresidente de Juventud Vasca de Bilbao y uno de los representantes de la corriente moderada, impartió una conferencia en febrero de 1919, comparando la historia de las respectivas acciones nacionalistas de Irlanda y Euskadi, para concluir arengando a los jóvenes de aquella asociación a la lucha y a estar dispuestos «a todo tipo de sacrificios para muy pronto lograr nuestro supremo ideal al grito de ¡Gora Euzkadi!» (Ruiz Descamps, 2011, 120).⁸

Muestra del cambio del sector moderado del nacionalismo vasco respecto de la causa irlandesa fue la extraordinaria atención con la que el periódico *Euzkadi* siguió la actualidad política de ese país (Cfr. Ruiz Descamps, 2011, 115-117; Núñez Seixas, 2017, 458-460). El semanario *Gipuzkoarra*, órgano de las Juventudes Vascas de Gipuzkoa y del Gipuzko Buru Batzar, fue suspendido en octubre de 1920 por inducción a la rebelión a raíz de la publicación del artículo titulado «Imitemos a Irlanda»⁹ (Ruiz Descamps, 2011, 287). Fueron por entonces numerosos los artículos de esta temática aparecidos en este rotativo, firmados, muchos de ellos, por el aberriano Jabier de Irizar, defensor acérrimo de los nacionalistas irlandeses del *Sinn Féin* (*Ibidem*, 289-290). El semanario político *Aberri*, editado por las juventudes del Partido Nacionalista Vasco en aquel momento, también acogió entre sus páginas numerosos artículos ensalzatorios sobre los republicanos irlandeses (Núñez Seixas, 2017, 463-464).

De la teoría se pasó a la práctica. Manuel de la Sota se inspiró en Irlanda para diseñar el modelo de organización juvenil del nacionalismo vasco, mientras que Elías Gallastegui concibió la asociación de los *mendigoizales* ('montañeros') como una organización militarizada en la que se les tenía que inculcar la noción de sacrificio. Aquellos esfuerzos cobraron forma institucionalizada con la creación en abril de 1921 de la Mendigoizale Batza ('Federación de Montañeros'), integrada, a su vez, en la Federación de Juventudes Vascas. De la Sota, en un discurso pronunciado en 1921, llegó a describir la actitud que los jóvenes montañeros debían tener cuando, rememorando una obra teatral, señalaba:

«Moriría contento, madre querida, si no fuera por el dolor que me produce el separarme de ti. Esta es la muerte que hubiera pedido a Dios, si me hubiese dado a escoger entre todas: 'morir muerte de soldado por Irlanda y por la libertad ¡Ahí tenéis la divisa del futuro Cuerpo de mendigoizales!'» (Ruiz Descamps, 2011, 794).

Aquella ferviente campaña no pasó desapercibida a la delegada de la República de Irlanda en Madrid, Máire O'Brien, quien en 1921 comunicó a sus superiores la popularidad que la causa irlandesa tenía en Euskadi. Robert Brennan, el subsecretario de Asuntos Exteriores del Gobierno clandestino del *Dáil Éireann*, recomendó por entonces instalar un consulado en Bilbao (Núñez Seixas, 2017, 465, 467-468; McCreanor, 2019, 29; Soler, 2022, 100).

Resultó especialmente ilustrativa la reacción que los nacionalismos periféricos tuvieron en relación a la trágica muerte por inanición del alcalde de Cork, Terence MacSwiney, el 25 de octubre de 1920, tras 73 días de huelga de hambre. La huelga y el posterior deceso de este alcalde católico fueron considerados tanto en Cataluña como en Euskadi como una causa martirial. Hubo mensajes institucionales, como el del presidente de la Diputación de Barcelona, Joan Vallès i Pujals, que envió una carta a Lloyd George exigiendo la liberación de MacSwiney y la libertad de Irlanda. Se enviaron misivas similares a Londres desde la Unió Catalanista o el Centre Autonomista de Dependents del Comerç i de la Indústria (CADCI) (Balcells, 2013, 94).

De igual modo, en Euskadi, el nacionalismo vasco se solidarizó a lo largo del mes de noviembre con la lucha de MacSwiney, a quien, tras su muerte, se le tributaron diversas misas y homenajes públicos, además de no pocos artículos en prensa. La causa de MacSwiney llegó a inspirar a Elías Gallastegi en la realización de la primera huelga de hambre de los nacionalistas vascos, en la que este líder fue acompañado por diversos militantes de la Juventud Vasca (Ruiz Descamps, 2011, 286, 323, 347; Núñez Seixas, 2017, 461; McCreanor, 2019, 50).

Pero el amor de catalanes y vascos hacia los irlandeses no siempre fue correspondido, pudiendo constatar, incluso, cierta infidelidad, a la luz del Memorándum titulado *Ireland and Spain*, escrito en Madrid, según parece, por el periodista y diplomático Robert Brennan (septiembre de 2021) (*vid.* Cruset, 2015, 16-17; Núñez Seixas, 2017, 469-470). El objetivo del texto consistía en analizar la pertinencia de España como lugar para la propaganda de la causa irlandesa. El Memorándum subrayaba que la naciente diplomacia irlandesa debía lograr buenas relaciones con España, por encima de la afinidad y de los contactos que por entonces tenían establecidos tanto con el País Vasco como con Cataluña. Aunque no había que desaprovechar la simpatía de los nacionalistas vascos y catalanes con Irlanda, esa relación no podía estropear las buenas relaciones con España y, muy especialmente, con la Iglesia católica española.

Bajo el epígrafe «La cuestión española, en general», el texto señalaba que «España es muy importante y prometedora como espacio para difundir la propaganda irlandesa», debido a los siguientes factores:¹⁰

«(a) España es un país rico, un país en ascenso, probablemente con un futuro por delante; [es] la madre patria de Sudamérica y México, que en gran medida toman prestadas sus ideas de España.

(b) España es el aliado natural de Irlanda. La gente de todo tipo de clases parece tener una fuerte simpatía y amistad tradicional por Irlanda; aunque debido a la propaganda inglesa y a la insinuación de la actividad de cónsules ingleses, etc., esta amistad permanece en gran parte explícita.

Esta simpatía puede estar fundada, en parte, en el parentesco tradicional del pueblo irlandés y del español, y en la existencia de muchas familias nobles irlandesas exiliadas

en España desde los siglos XVI al XVII; pero su fuerza se debe, creo yo, principalmente al hecho de que la catolicidad es un factor dominante en la vida de ambos países, y que ambos son hostiles a Inglaterra y se sienten agraviados por ella».

Para remarcar esta idea, traía a colación la opinión sobre la cuestión irlandesa de la Reina Madre, quien sostenía que «la simpatía por Irlanda parece ser especialmente fuerte entre el clero y la nobleza» españolas.

A renglón seguido, el Memorándum apuntaba las razones especiales por las que la propaganda irlandesa era importante en España:

«(a) La historia irlandesa, incluso la geografía de Irlanda, es prácticamente desconocida por completo. En los libros de texto, Irlanda aparece como parte de Inglaterra, etc.

(b) Debido a la influencia de la corte (Reina inglesa), de la propaganda inglesa (el embajador británico Howard, un católico), y la conexión comercial (Inglaterra y América, principal mercado para los vinos del sur de España), la influencia inglesa en España está creciendo y se están extendiendo las ideas inglesas. Los periódicos liberales y judíos parecen ser pro-británicos. Los periódicos católicos (como *El Debate*, *The Catholic Review*, etc.), muy mal informados y muy tamizados debido, creo, a estar inseguros sobre hechos fundamentales. Pero los periódicos católicos y las revistas católicas, que son con mucho los más influyentes, creo que podrían ganarse con una mejor propaganda y una información más completa.

(c) Con estos últimos, así como con la Iglesia y la nobleza, [hay que transmitirles] el hecho de que la cuestión irlandesa, aunque no es una cuestión religiosa, implica grandes cuestiones católicas. Por ejemplo, la nuestra es una lucha entre la masonería y una nación católica. [También] el hecho de que la nación católica irlandesa es la fuente y el centro y, en gran medida, el apoyo espiritual de la Iglesia católica en todo el mundo de habla inglesa; este hecho, digo yo, que bien expuesto, tendría gran peso. (Opinión del caballero mexicano que conocí y que deseaba comunicarse con de Valera sobre la Gran Unión Católica).

(d) He realizado con cierto éxito el intento de relacionar el caso irlandés y el movimiento irlandés con el de Bizkaia y el de Cataluña, e incluso presentar el I.R.A. como afín al Partido Socialista y Anarquista de Barcelona, [siendo esto] un factor que podría contribuir a perjudicar las relaciones con la Iglesia y con el Partido Católico.

(e) Por lo tanto, aunque posiblemente la gran popularidad del movimiento irlandés en Barcelona y Bizkaia sea un impedimento para sus intereses en Madrid, probablemente podría ser utilizado con fines comerciales. Sota, el jefe de la Gran Naviera de Bilbao (Sota y Anans), es uno de los grandes líderes del movimiento vasco. Su hijo, Manuel de la Sota (con quien no me reuní, aunque me llamó), es un gran entusiasta de la causa irlandesa».

El informe concluía sugiriendo seis medios para organizar la propaganda, entre los que estaba el establecimiento, si fuera posible, de cónsules en Barcelona y Bilbao. Este propósito, sin embargo, quedaba en segundo plano ante la importancia de «establecer un centro fuerte en Madrid», pues era aquí donde los periódicos tenían un peso primordial. Asimismo, consideraba factible realizar una campaña de la Cruz Blanca («incluso se puede conseguir que los obispos contribuyan y escriban cartas imitando la carta del Santo Padre»). Subrayaba, además, la importancia de la Iglesia española, exponiendo que «son la Iglesia, el Ejército y el Rey, los que parecen tener

un mayor peso, y todos son intensamente católicos». También proponía realizar conferencias y actos sociales, apuntando que la señora O'Brien estaba ansiosa por organizarlas. Finalmente, indicaba la necesidad de organizar la propaganda literaria, histórica y artística, las dos primeras mediante conferencias, artículos y folletos y, la última, estableciendo una tienda de arte irlandés en Madrid.

El posibilismo irlandés que daba la espalda a los nacionalismos periféricos no fue, por el momento, advertido por estos, que seguían obnubilados por aquel Estado en avanzado estado de gestación. La inspiración irlandesa volvió a estar presente en la creación de la formación política *Estat Català*, el 8 de julio de 1922, impulsada por Francesc Macià y otros correligionarios como Daniel Cardona (Esculies, 2013, 7-28; Roig, 2010). Ya desde su primera andadura, *Estat Català* apoyó a los irlandeses que luchaban por un Estado plenamente independiente. Este partido se inspiró en el sistema del *Sinn Féin* para configurarse como un movimiento con dos líneas de actuación, una política y otra militar. En efecto, *Estat Català* no era un partido político al uso, pues se concibió como plataforma militar y cívica de defensa de la soberanía y de la unidad catalana («la libertad nacional de Cataluña sin limitaciones que mengüen su derecho a vivir como cualquier otro Estado del mundo»). Esta unidad catalana la constituían los territorios históricos de Cataluña, las Islas Baleares y el País Valenciano. Perseguía, así, ser una suerte de «federación nacional de todos los catalanes en conformidad con estas condiciones básicas». Desde el partido se establecieron pronto contactos con los nacionalistas vascos y gallegos, pero también con los irlandeses y los de otras nacionalidades.

El movimiento político se dotó de un órgano publicístico, *L'Estat Català. Publicació de Orientació Nacional*. Su primer número, aparecido el 15 de noviembre de 1922, informó que *Estat Català* se hallaba en una fase inicial de organización y que Macià, imitando al parlamento revolucionario irlandés instaurado el 1918 —el *Dail Eirean*— afirmaba perseguir la constitución de un parlamento, la proclamación de la soberanía catalana y la defensa de esta por parte de un ejército. Por esta razón, desde este periódico quincenal se solicitaba a la juventud formar parte del «ejército liberador de Cataluña». ¹¹ En suma, siguiendo el modelo del *Sinn Féin*, *Estat Català* quedó configurado como un movimiento político y militar, si bien, desde el principio, Macià hizo recaer el peso en lo político, dejando lo militar en un plano meramente simbólico, con el solo objetivo de fortalecer los lazos identitarios de sus correligionarios.

En Vasconia, el ya mencionado fracaso del intento autonómico precipitó una profunda crisis en el nacionalismo vasco, que llevó a la nueva escisión de 1921, cuando el PNV se dividió en la Comunión Nacionalista Vasca, el sector mayoritario, y en Aberri, la corriente más independentista. Esta crisis se agravó por la alianza que monárquicos y socialistas hicieron contra Comunión Nacionalista Vasca y por la presión política y judicial contra estas siglas. Entre las razones para la escisión de 1921 no faltó la lectura que los *aberrianos* hacían sobre el caso irlandés

(Núñez Seixas, 1998: 170), lo que les convirtió en seguidores ciegos del *Sinn Féin* (Mees, 1991; Núñez Seixas, 1992; Ugalde, 1996). Así lo evidenciaron en una gran cantidad de artículos publicados en *Aberri* (Ruiz Descamps, 2011, 442-444; McCreanor, 2019, 37-38), y, en la práctica, cuando crearon en 1922 la organización femenina *Emakume Abertzale Batza*, a imagen y semejanza de la organización de mujeres irlandesas –la *Cumann na mBan*–, fundada en 1914. La Asociación de Mujeres Nacionalistas, como la de Irlanda, obligaba a sus militantes a adoptar una posición de segundo plano con respecto a los hombres dentro del Partido Nacionalista Vasco, aunque participaron como entidad por derecho propio en actos políticos. Estas mujeres desarrollaron una actividad extraordinaria dentro del marco activista que les fue permitido, especialmente en las áreas de educación y bienestar (Lorenzo, 1992b, 244-245; Ugalde, 1993).

Desde la diáspora también se miraba hacia Irlanda, con textos doctrinales ensalzadores como el del vasco-argentino Tomás Otaegui, que en su libro *Nacionalismo Basko* (1922) puso a Irlanda y Polonia como modelos a seguir por los vascos:

«Irlanda, la verde isla de los viejos tiempos, la tierra de los santos y de los doctores, la maestra de la civilización nórdica, pueblo consecuente de gran fuerza espiritual, que dominado por la pujante Inglaterra desde el siglo XII siempre se mantuvo activa; siempre sus hijos conservaron la esencia de su nacionalidad, oponiéndose con fe, como dura roca, a los embates de la ola avasalladora del conquistador, y que hoy a través de los siglos se levanta soberbia, inmaculada en un gran derecho, aureolado por la justicia que proclamando su libertad de frente, de igual a igual al que domina, le hace acallar su gran demanda, recoger su sarcasmo, doblar su cerviz y temblar ante la imposibilitada de una solución fraterna que borre odios, que destruya rencores y que proclame la paz eterna para el bien de ambos pueblos [...]. Irlanda y Polonia se levantaron de sus cenizas, y ellas han triunfado porque desde los primeros instantes en que fueron esclavizadas, sus hijos vivieron su vida en paralela espiritual, es decir que al lado de su actividad tendente a alcanzar las satisfacciones morales y materiales de su existencia, se desenvolvía en saturación patriótica su nacionalismo, en recordación constante del derecho vejado, del deber cumplir, y en esa forma, viviendo vida de hombres, la vivían en la ciudadanía espiritual de la patria perdida y deseada» (Otaegui, 1922; *vid.* Cruset, 2015, 18).

Finalmente, cabe recordar que hubo un conocido hecho que contribuyó a poner en el centro del debate la cuestión irlandesa: Ambrose Martin, un presunto veterano del Ejército Republicano Irlandés (IRA), visitó Euskadi durante un mes de la primavera de 1922, en el que se dedicó a impartir varias conferencias sobre el movimiento de liberación nacional de Irlanda. En adelante, Martin no cesaría su relación con Euskadi, que visitó en más de una ocasión (Ruiz Descamps, 2011, 475; Núñez Seixas, 2017, 465-466; McCreanor, 2019, 32-36, 54-55; Soler, 2021, 91-122; 2022, 101-102).

5. El germen de Galeuzca: la efímera Triple Alianza de septiembre de 1923

La división producida entre los nacionalistas irlandeses a raíz de la firma del Tratado Angloirlandés de diciembre de 1921 –que había partido la isla en dos– y la

posterior guerra civil iniciada en verano de 1922, evidenció, para catalanes y vascos, una dolorosa realidad: los nacionalistas irlandeses ya no eran aquellos héroes que se enfrentaban a las tropas británicas, sino que lo hacían entre ellos. Los irlandeses se dividieron entre quienes apoyaron este acuerdo y quienes se mostraron en contra. Los primeros, con políticos de la talla de Arthur Griffith y Michael Collins, defendían el establecimiento de un Estado Libre de Irlanda, aunque ello supusiese renunciar al norte de la isla, y aceptar que el sur estuviera constituido por un régimen de dependencia a la Mancomunidad Británica. Los segundos, inspirados por Éamon de Valera, apostaban por la independencia de la totalidad de la isla, sin renunciar a la segregación de Irlanda del Norte. Los nacionalistas catalanes, vascos y gallegos apostaron mayormente por esta segunda causa.

La contienda civil duró hasta mayo de 1923, aunque en diciembre de 1922 había surgido el Estado Libre de Irlanda, sobre el que se erigiría la futura nación irlandesa, incorporada desde su inicio a la Sociedad de las Naciones, con lo que de manera inmediata se abrieron representaciones diplomáticas en otros Estados y pudo desplegarse una destacada política internacional.

Los nacionalismos periféricos ibéricos, que siguieron con gran expectación el surgimiento del Estado Libre de Irlanda, alumbraron el Pacto de la Triple Alianza el 11 de septiembre de 1923. Este, como los sucesivos pactos Galeuzca, es perfectamente conocido gracias a la tesis doctoral de Xosé Estévez, línea de investigación proseguida por este historiador a través de una prolífica producción sobre la materia (1985, 536-548; 1991; 1992a; 1992b; 1992c, 94-150; 1994, 71-79; 1995, 23-36; 2000-2001, 325-360; 2009, 72-83; 2014, 341-362).

El Pacto fue suscrito en el Centre Autonomista de Dependents del Comerç i de la Indústria (CADCI) de Barcelona el día de la Díada Nacional de Cataluña. Representando a los partidos y grupos catalanes, fue firmado por Francesc Macià (Estat Català), Josep Riera y Pere Manen (Unió Catalanista), Jaume Bofill i Mates y Antoni Rovira i Virgili (Acció Catalana), así como por Lluís Nicolau D'Olwer. Por parte de Euskadi, lo rubricaron los miembros del sector *Aberrri* del PNV, José Domingo Arana, Manuel Eguileor, Elías Gallastegui –*Gudari*–, Telesforo Uribe-Etxebarria y Manu Robles Arangiz; por parte de Galicia, lo hicieron Alfredo Somoza y Francisco Zamora (Irmandades da Fala), y Vicente Risco (Irmandade Nazionalista Galega) se adhirió enviando un telegrama (Estévez, 1991; 2000-2001, 329-331).

Según su documento fundacional, la Triple Alianza persiguió aunar fuerzas en el común objetivo de alcanzar una mayor autonomía, lograr un Estado federal o confederal o incluso alcanzar la plena soberanía política. Una vez más, Irlanda fue el referente por antonomasia, pues, incluso, se apelaba a la vía armada como posible solución en el caso de que el Estado español no permitiera alcanzar la independencia por vías pacíficas.

Se trató de un Pacto eminentemente teórico, que en modo alguno podía llevarse a la práctica: solo tuvo una vigencia de dos días, pues el 13 de septiembre triunfó el

golpe de Estado que dio paso a la instauración de la dictadura de Miguel Primo de Rivera. El triunfo de la asonada, sin resistencia alguna, probó lo fantasioso del Pacto de la Triple Alianza y su pretensión de articular una resistencia armada al más puro estilo irlandés, apelado a «mezclar la sangre en el sacrificio».

6. La dictadura de Primo de Rivera y la reivindicación del modelo irlandés por el exilio nacionalista

La ilegalización de las opciones nacionalistas radicales durante la dictadura de Miguel Primo de Rivera obligó a trasladar la actividad de estas causas a la clandestinidad y al exilio. La frustración por haberse cercenado la vía legal hacia la autonomía y la persecución de los nacionalismos catalán y vasco generaron que el separatismo insurreccional se fijara en la exitosa Irlanda como un espejo en el que mirarse. Pero no fue posible articular una unidad de acción. Estat Català y el Partido Nacionalista Vasco tuvieron serias diferencias ideológicas durante la dictadura primorriverista lo que, unido a la debilidad política de los nacionalistas gallegos, abocó a que la Triple Alianza quedara completamente desactivada. Este fracaso no impidió que en el exilio surgiesen diversos proyectos de alianza entre los tres nacionalismos periféricos, aunque todos ellos quedaron frustrados por unas razones u otras (Estévez, 2009, 73-74).

La antorcha irlandesa fue tomada por Macià, proclamado presidente del Estado Catalán en el exilio de París. Macià comenzó a preparar una insurrección, buscando voluntarios tanto en Francia como en Cataluña para nutrir el ejército catalán. Esta conspiración contra la dictadura española también se inspiró en Irlanda en lo relativo a su financiación, pues pretendían buscar donaciones de catalanes en América. Entre finales de 1923 y principios de 1926, Estat Català se afanó en tejer alianzas con fuerzas de izquierdas, anarquistas y republicanas, pero Macià fracasó en su intento de construir un frente común entre los opositores al régimen, pues unos no compartían la idea de emprender una insurrección armada y los otros no consideraban que la lucha hubiera de circunscribirse únicamente al territorio de Cataluña. Tras el fracaso del viaje de Macià a Moscú en otoño de 1926, en el que intentó recabar la ayuda de la Internacional Comunista para sus planes guerrilleros, hubo de plantear la revuelta con los escualidos recursos del propio Estat Català. Confiaba en que la sangre de un puñado de héroes lograra, como ocurrió con el alzamiento de Pascua de 1916, allanar el camino para una revolución más amplia. Intentó la insurrección con 60 veteranos antifascistas garibaldinos de la Primera Guerra Mundial exiliados en Francia; fue un estrepitoso fracaso (Ucelay, 2006, 77-84; Balcells, 2013, 96).

Desde Estat Català se afanaron, a partir de entonces, en obtener recursos económicos. Emulando a Éamon de Valera, que en julio y agosto de 1919 había hecho un viaje para recaudar dinero en favor de su empresa de liberación nacional, Francesc Macià y Ventura Gassol emprendieron a finales de 1927 un periplo por el continen-

te americano con el mismo fin. Los recursos obtenidos fueron escasos, pero sirvieron para dar pasos firmes en la institucionalización del proyecto nacional catalán. El más importante de todos, propiciado por la vigorosa comunidad catalana de Cuba, fue la celebración en La Habana de la Asamblea Constituyente del Separatismo Catalán, que tuvo lugar entre el 30 de septiembre y el 2 de octubre del 1928, bajo la presidencia de Francesc Macià. Allí se aprobó la Constitución Provisional de la República Catalana, que había redactado Josep Conangla i Fontanilles (Conangla, 1986).¹² El texto proclamó en su primer artículo la independencia de Cataluña.¹³

Este singular documento del constitucionalismo catalán, antecedente de los estatutos de Nuria y Sau, era reflejo de la doctrina nacionalista de aquel momento, y fue demasiado progresista para servir de modelo a la posterior Constitución irlandesa de 1931, pues, entre otras cuestiones, proclamaba la libertad religiosa, equiparaba significativamente los derechos civiles y políticos entre hombre y mujer, procuraba el equilibrio entre iniciativa económica privada y fórmulas favorecedoras de la solidaridad social, prohibía la pena de muerte, prohibía la entrada en prisión por deudas, y obligaba a trabajar a los rentistas, entre otros aspectos. En la misma Asamblea de La Habana tuvo lugar la fundación del Partido Separatista Revolucionario de Cataluña, imitando el antecedente homónimo cubano, si bien este acuerdo tampoco acabó por desarrollarse. De haber prosperado esta iniciativa política, Cuba hubiera sido, en adelante, el modelo para, al menos, una parte de los nacionalistas catalanes, y no Irlanda.

Las corrientes nacionalistas catalanas no discurrían en los años de la dictadura primorriverista en la misma dirección. Los catalanistas más moderados no creían en la vía armada, de ahí que rechazaran el planteamiento insurreccional de cuño irlandés. Proponían, en cambio, acciones paradiplomáticas en Ginebra, ante la Sociedad de Naciones, presentando el caso de Cataluña como una de las minorías nacionales cuyos derechos debían ser defendidos por este organismo internacional (Balcells, 2013, 94).¹⁴

Tras la caída de Primo de Rivera en enero de 1930, Macià incorporó Estat Català a Esquerra Republicana de Catalunya, un partido federal pero no separatista que, aunque recién constituido, acabaría ganando con rotundidad las elecciones de abril de 1931. Sin embargo, algunos nacionalistas consideraron aquella incorporación una traición, muy especialmente Daniel Cardona que, en la Segunda República, emprendería un camino diferenciado inspirado en la estrategia del *Sinn Féin* (Balcells, 2013, 96).

El nacionalismo vasco también continuaba dividido. Algunos dirigentes *aberrrianos* hubieron de tomar el camino del exilio, pero no alcanzaron la fuerza de los catalanes ni llegaron tan lejos como para plantear una iniciativa constituyente. Sin embargo, a partir de una estrecha relación con el catalanismo de Macià, transitaron por la misma senda de inspiración irlandesa (McCreanor, 2019, 39-44; Estévez, 1991, 469). El delegado vasco en la Liga de las Naciones Oprimidas, Francisco de

Gaztañaga, llegó a ponerse en contacto con de Valera, en septiembre de 1924, para recabar su interés hacia este proyecto (Soler, 2022, 101), tras lo cual, el líder irlandés escribió a su delegado Leopold Kerney lo siguiente:¹⁵

«El portador, Francisco de Gastanaga [sic], me ha llamado con referencia al proyecto de formar una ‘Liga de Naciones Oprimidas’. Estoy muy interesado en la formación de dicha Liga, y deseo que usted asista, en nuestro nombre, a las conferencias preliminares que puedan celebrarse con referencia a la misma. Evitará, por supuesto, todo compromiso hasta que nosotros lo aprobemos aquí en términos expresos. Me gustaría que recopilara un dossier conciso de datos con referencia a las organizaciones ‘independentistas’ en India, Egipto, Cataluña, Euzkadi, Marruecos, Islas Filipinas, etc., en el que se indiquen los objetivos de estas organizaciones, sus distintas constituciones, sus dirigentes oficiales, etc. Gran parte de esta información puede obtenerse de sus representantes en París» (McCreanor, 2019, 47).

El compromiso de Éamon de Valera nunca llegó.

Por lo que respecta a Comunión Nacionalista Vasca, esta fue respetada por la dictadura, aunque, como todo nacionalismo periférico no ilegalizado, hubo de abandonar la acción política y no pudo difundir sus ideas a través de la prensa. Comunión se centró, en adelante, en el impulso de iniciativas culturales y deportivas, ámbitos que sí permitía el regionalismo primorriverista.

Al igual que había ocurrido en Cataluña, a raíz de la dimisión del dictador en noviembre de 1930, se unificaron las dos corrientes del nacionalismo vasco en el PNV. Pero la endémica tendencia hacia la división provocó que por entonces surgiera un grupo minoritario, Acción Nacionalista Vasca (ANV), que, a diferencia del PNV, se consideraba aconfesional, republicano y liberal. Ni uno ni otro proyecto focalizaron por entonces sus miradas en Irlanda.

Por su parte, los gallegos siguieron reivindicado la hermandad céltica entre Galicia e Irlanda. Desde los sectores más conservadores del nacionalismo gallego remarcaron la catolicidad y el tradicionalismo del Estado irlandés, en contraposición con la irreligiosa y casquivana América.¹⁶

Entre tanto, el propio Estado español, siguiendo la tradición de los gobiernos de la Restauración, no se pronunció sobre la cuestión irlandesa en los años que siguieron al triunfo del *Sinn Féin* en las elecciones generales de diciembre de 1918. España mantuvo durante el lustro siguiente la máxima «Cautela, seguir mudo», célebre frase de Juan Riaño, el embajador español en Estados Unidos, pronunciada tras la petición del gobierno provisional de Irlanda al de España, relativa a que este hiciera un reconocimiento oficial internacional de ese Estado. Solo en 1924, dos años después de que la isla quedara separada en dos sus porciones, comenzaron a establecerse unos primeros lazos diplomáticos y, de manera efectiva, en 1927, cuando se abrió un consulado español en Dublín, facilitado por el apoyo que ambos países ofrecían a la Liga de las Naciones (Jaspe, 2008, 121-131; 2011, 9-10).

El Pacto de San Sebastián del verano de 1930 que pretendió precipitar la proclamación de la República española, acabó desvaneciendo cualquier acción conjunta

de los nacionalismos periféricos, pues la nueva estrategia política iba de la mano de diversas fuerzas republicanas y socialistas españolas, contrarias, por tanto, a las respectivas independencias periféricas. Lo suscribió, sin embargo, la formación de Francesc Macià, Estat Català, lo que enervó a Cardona, para quien debía mantenerse la estrategia inspirada en Irlanda. El nacionalismo vasco también se distanció de aquella estrategia, por lo que tampoco participó en el Pacto.

7. La Segunda República y la desigual influencia irlandesa

La proclamación de la Segunda República se precipitó en el tiempo. Los primeros días y semanas que siguieron a la caída de la monarquía el 14 de abril de 1931, no conocieron una estrategia coordinada entre los antiguos territorios de la Triple Alianza. En Cataluña, su carismático líder Francesc Macià, no pudo sostener en el tiempo la proclamación de la República catalana. En adelante, quedó obligada a transitar, como Euskadi y Galicia, por la senda constitucional republicana y por el diseño autonómico de la República española. Los nacionalismos periféricos se centraron en sus correspondientes procesos estatutarios y en jugar sus respectivas partidas en el intrincado tablero de la política republicana. Durante todo este período, los tres nacionalismos actuaron en algunas ocasiones en bloque, aunque, en su estrategia conjunta, abandonaron el modelo irlandés para apostar por el diseño federal o confederal de la vía autonomista. Lo hicieron, en concreto, la mayoría de partidos nacionalistas catalanes, el Partido Nacionalista Vasco –aunque en 1932 y 1933 siguió con detalle la evolución de lo acaecido en la isla y estableció contactos estrechos con las más altas instituciones irlandesas a través de diversos cauces– (Solter, 2021, 102-104), y el emergente nacionalismo gallego. Este último había logrado dos diputados en las Cortes constituyentes de 1931, Alfonso Daniel Rodríguez Castelao, por Pontevedra, y Ramón Otero Pedrayo, por Ourense.¹⁷

El independentismo insurrecto de cuño irlandés fue sostenido únicamente por *Nosaltres Sols!* (‘¡Nosotros Solos!’), formación creada el 11 de marzo de 1931, un mes antes de la fallida proclamación de la República catalana, e inspirada en el *Sinn Féin*. Parece que la denominación del partido pretendía ser la traducción del nombre gaélico de la formación irlandesa.¹⁸ *Nosaltres Sols!* fue liderada por Daniel Cardona, político que había sido expulsado de Estat Català, por sus desavenencias con Francesc Macià, y que apostaba por seguir luchando a través de vías insurrectas con las que alcanzar la República catalana (Ucelay, 1978, 159-206).

En Cataluña se formuló, asimismo, el dictamen *La Generalitat de Catalunya i la República Espanyola*, que desarrollaba todo un planteamiento jurídico-institucional basado en el modelo irlandés. Lo realizó Francesc Maspons i Anglasesell el 14 de febrero de 1932 (reed. 2006), ilustre jurista que en aquellos comienzos de los años treinta era miembro del Comité asesor de las minorías nacionales de la Sociedad de Naciones y vicepresidente del Comité ejecutivo del Congreso de Nacionalidades Minoritarias (1931). Años atrás había sido director de la Oficina de Estudios Jurídicos

dicos de la Mancomunidad de Cataluña y presidente de la Academia de Jurisprudencia y Legislación de Cataluña (García Izquierdo, 2023). El dictamen pretendía establecer una relación *inter pares* entre la Generalitat de Catalunya y el Gobierno de la República española a partir de la aplicación de principios generales del derecho y de referentes del derecho internacional público y del derecho comparado. Sostenía que el Estado integral no era aplicable a Cataluña, de ahí que el dictamen reivindicase un pacto a partir del reconocimiento de Cataluña como un ente soberano. Este pacto se articularía a través de un estatuto de autonomía, aprobado en Cataluña y validado por el Estado español, que sería la norma básica de relación entre ambos poderes y determinaría, incluso, la aplicabilidad de la Constitución española en Cataluña. En concreto, y en lo que a nuestro objeto de estudio concierne, el dictamen definía en su punto tercero la categoría que correspondería al Estado catalán a partir de los criterios establecidos en el dictamen del Tribunal Permanente de Justicia Internacional de 5 de septiembre de 1931, y de la práctica internacional derivada de la aparición de nuevos estados en Europa después de la Primera Guerra Mundial, con especial atención a los casos de Irlanda e Islandia. Apuntaba Ferran Armengol que la jurisprudencia del Tribunal Permanente de Justicia Internacional no se utilizaba para fundamentar el reconocimiento del derecho de autodeterminación de Cataluña, sino, sobre todo, para poner de relieve la existencia de unos principios o usos aceptados en el contexto europeo, a los que debería ajustarse a partir de entonces la relación entre los gobiernos español y catalán. La referencia a la jurisprudencia internacional se completó con varios casos extraídos de la práctica seguida en diversos estados y territorios europeos, como Irlanda, Yugoslavia e Islandia, así como de las constituciones alemana y suiza, estas como referentes europeos de estados federales (Armengol, 2022, 51).

Sobre todas las teorías e interpretaciones que Maspons fue desgranando en su informe en relación a los casos de pactos territoriales que consideraba homologables con el de Cataluña y España, subrayó el modelo irlandés. Esta fórmula exitosa había surgido tras el tratado del 6 de diciembre de 1921 reconocedor de la existencia del Estado Libre de Irlanda. Por su parte, el Acta de Unión de Islandia suscrita el 1 de diciembre de 1918 por representantes islandeses y daneses, había configurado un Estado soberano libremente asociado con Dinamarca. Maspons consideraba que se trataba de dos casos de libre asociación que habían tenido lugar en un régimen monárquico y que, por ello, constituían todo un referente para establecer el pacto que debía regular las relaciones entre la República española y la Generalitat de Cataluña. En suma, el Estatuto de autonomía catalán debía materializarse en un pacto bilateral de libre asociación entre Cataluña y España equiparable con el Tratado angloirlandés y el Acta de Unión entre Islandia y Dinamarca (Armengol, 2022, 59-60).

Irlanda también fue invocado como modelo económico, sobre todo por los catalanes, siendo el ejemplo más paradigmático el libro publicado por el economista

Joan P. Fàbregas, *Irlanda i Catalunya, paral·lelisme politico-economic* (1932), en el que analizó las doctrinas en torno al nacionalismo de William Thomas Cosgrave y Eamon De Valera, y comparó la Irlanda independiente –con una economía independiente– con la Cataluña autonómica, para concluir que este autogobierno era insuficiente y que era necesaria la independencia política (Balcells, 2013, 97).

Por su parte, en Euskadi, el modelo irlandés fue invocado en el primer *Aberri Eguna*, el ‘Día de la Patria Vasca’, el 27 de marzo de 1932. Aquella fiesta surgió para conmemorar el «50 aniversario del nacionalismo vasco», es decir, el nacimiento de esta ideología cuando Sabino Arana adquirió la conciencia nacionalista en 1882. En la conmemoración de aquel Domingo de Resurrección no faltó un homenaje a los rebeldes de la Pascua sangrienta irlandesa de 1916. Lo hizo el grupo independentista radical y minoritario liderado por el hibernófilo Elías Gallastegi, Jagi-Jagi (Cfr. De la Granja, 2006, 99-100).

8. El Pacto Galeuzca y el olvido del modelo irlandés

El proyecto nacionalista de las tres naciones reverdeció en Bilbao el 2 de abril de 1933, cuando Castela (Partido Galleguista) y Josep Riera i Puntí (ERC) acudieron al frontón Euskalduna a participar en un mitin de Acción Nacionalista Vasca (De la Granja, 1989, 326). El líder gallego recordó que la presencia en aquel acto de vascos, catalanes y gallegos obedecía a que «existe una lengua vasca, una lengua gallega y una lengua catalana».¹⁹ Se aprovechó la ocasión para firmar aquella tarde en Gernika un convenio solidario entre las tres naciones.²⁰

Aquella iniciativa reactivó la necesidad de hacer un frente común entre los nacionalismos periféricos, concretado en un nuevo Pacto Trinacional que, finalmente, fue suscrito el 25 de julio de 1933, festividad del apóstol Santiago, en las instalaciones del Seminario de Estudios Gallegos de Santiago de Compostela. Lo firmaron Joan Estelrich i Artigues (Lliga Catalana), Rossend Pich i Pon (Lliga Catalana), Manuel Carrasco i Formiguera (Unió Democràtica de Catalunya), Josep Riera i Puntí (ERC), Josep Maria Batista i Roca (Palestra), Pau Vila (Acció Catalana), Pau Muñoz i Castanyer (Acció Catalana), Josep Girona i Boada (Acció Catalana Republicana), Andrés Perea Gallaga (Acción Nacionalista Vasca), Jesús [Josu] Doxandabartz (PNV), Joseba Errezola (PNV), y Álvaro das Casas Blanco (Vanguardia Nazionalista Galega).

Este nuevo acuerdo tomó el nombre de Galeuzca, contracción de los nombres de Galicia, Euzkadi y Cataluña. La denominación, sin embargo, había surgido dos meses atrás en la dirección del Gipuzko Buru Batzar del PNV, apareciendo por primera vez publicada en el diario *Euzkadi* el 13 de mayo de 1933. El Pacto era ambicioso y planteaba muchos frentes comunes en los que trabajar, como lo prueban los diferentes organismos trilaterales que pretendía crear (De la Granja, 1989, 329-331, 333-337; 2002, 51-54; Estévez, 2009, 72).

Aquella primera Galeuzca no transitó por la senda irlandesa. Se trataba de un pacto no independentista, formulado en el marco de la construcción del Estado

integral de la España republicana, con el fin de impulsar los Estatutos de autonomía de Euskadi y Galicia, sumándose así al de Cataluña de 1932, y todo ello con el propósito de convertir el Estado español en un Estado federal. Los grupos nacionalistas que pactaron Galeuzca no renunciaban a sus respectivas independencias, pero, por el momento, estaban volcados en el autonomismo, en su apuesta por lograr los estatutos de autonomía.

Aquella Galeuzca apenas sobrevivió unos meses debido a los enfrentamientos internos de los nacionalistas –fundamentalmente los de los catalanes– y al desigual peso que esta ideología tenía en los tres territorios. Su recorrido práctico fue nulo, pues ninguno de los organismos trilaterales proyectados se puso en marcha.²¹

Parece que Galeuzca podía haber conocido un resurgimiento en 1934 a raíz de las tensiones suscitadas con el Gobierno central a lo largo del verano y del otoño de aquel año, cuando se sucedieron dos polémicas con el Estado: la Ley de contratos de cultivo aprobada por el Parlamento catalán y declarada inconstitucional por el Tribunal de Garantías Constitucionales –lo que llevó al PNV a retirarse del Parlamento español–; y la rebelión de los ayuntamientos vascos con motivo de las elecciones municipales, lo que movilizó durante aquel «movimiento municipalista» a un grupo de diputados catalanes presididos por Josep Tomàs i Piera, de ERC, que acudieron a Gernika a ratificar un Pacto que pronto demostró carecer de todo desarrollo práctico.

Ante la falta de avances, algunos políticos volvieron a tornar su mirada hacia el modelo irlandés, como el antiguo dirigente aberriano Eli Gallastegi, que en 1934 sostenía que «Euzkadi hoy necesita persecuciones, sacrificios; gente dispuesta al sacrificio, a la muerte [...] Ejemplos abundantes y elocuentes nos ofrece la historia de Irlanda» (cit. McCreanor, 2019, 49). O Plácido Castro, del Partido Galleguista, que en aquellos primeros años treinta consideraba a Irlanda el espejo en el que mirarse, tanto en lo político como en las esencias nacionales celtas. Consideraba que la integración de esta nación en la Commonwealth aseguraba el disfrute de sus libertades, sin renunciar a las ventajas comerciales y a la seguridad del Imperio (Castro, 2016, 301-307).

9. El espejo roto (a modo de epílogo)

Hemos recorrido las muestras de la idealización del modelo irlandés que tuvieron los nacionalismos catalán, vasco y gallego, observando las influencias recibidas tanto por la estrategia política, con la fascinación entre algunos sectores nacionalistas más radicales, por la lucha armada. Todo aquel proceso no exento de vaivenes, en el que catalanes, vascos y gallegos querían verse reflejados en el espejo irlandés comenzó a entrar en crisis en la Segunda República y quedó bruscamente cortado a raíz de la guerra civil.

Mientras que los nacionalismos periféricos ibéricos no dejaron de mirar a Irlanda durante la Segunda República, el Estado irlandés y los propios irlandeses apenas

mostraron interés por los nacionalismos catalán, vasco y gallego. A la elite política irlandesa le preocupaba más el creciente laicismo del Estado español, lo que hizo que las relaciones entre ambos estados fueran deteriorándose, tal y como se evidenció en el despliegue diplomático que tuvo que hacer el representante español en Irlanda, Emilio Sanz y Tovar, durante 1931-1933 (Jaspe, 2011, 10-19). A pesar de ello, tras el golpe de Estado de julio de 1936 y el comienzo de la guerra civil, el gobierno de De Valera y su partido, Fianna Fáil, reconocieron el gobierno español republicano. Vino después la postura oficial de la no intervención, pero en los últimos meses de la guerra, el gobierno irlandés acabó ofreciendo un cerrado apoyo institucional a Francisco Franco, cuando el 15 de febrero de 1939 reconoció su gobierno como el legítimo de España. Eamon De Valera argumentó su apoyo porque, «una vez que Franco había alcanzado una posición de autoridad suprema o una posición que potencialmente lo era, la posibilidad de la no intervención ya no estaba en cuestión, y el gobierno de facto en España adquiriría un derecho natural a ser reconocido por la ley como el Gobierno de ese país» (Butrón, 1991, 238).

Las esperanzas y expectativas iniciales de los nacionalismos periféricos en torno a posibles intervenciones del Gobierno irlandés en el conflicto se fueron desvaneciendo en el transcurso de la guerra. Pero, a pesar de sentirse defraudados, era tal el peso histórico de la admiración de los nacionalistas catalanes, vascos y gallegos hacia Irlanda, que la seguían considerando el faro de liberación nacional por antonomasia para las naciones sin estado, de ahí que el Gobierno Vasco mantuviera incluso relaciones oficiales (Cullen, 2021).

Pero la razón más contundente para que el espejo irlandés quedara hecho añicos fue descubrir que, aunque se contaron por centenares los voluntarios irlandeses que apoyaron la causa republicana –y, por consiguiente, las causas nacionalistas periféricas–, fueron muchísimos más los que lucharon en el bando nacional, movidos por el sentimiento de la «Cruzada» liderada por Francisco Franco. La guerra civil española se consideró desde Irlanda un conflicto religioso más que político. La jerarquía católica irlandesa hizo una defensa cerrada de la fe frente al anticlericalismo del gobierno republicano, lo que se plasmó en arengas desde los púlpitos en apoyo a las tropas franquistas. La inmensa mayoría de los irlandeses sabían poco sobre España y mucho menos sobre su complicada política interior. La historia más reciente del establecimiento de la República española se reducía, para la mentalidad popular, a meros trazos gruesos de un anticlericalismo radical que quemaba conventos. Los obispos irlandeses y la prensa católica acabaron conformando la idea de una España católica que estaba siendo asediada por el comunismo y por el ateísmo, de ahí que la mayoría de los irlandeses considerasen la guerra civil española como una guerra santa, en la que se dirimía si España seguiría siendo un país católico o si se convertiría en una tierra bolchevique.

Costó a los nacionalistas catalanes, vascos y gallegos abrir los ojos ante una Irlanda que les daba la espalda. Algunos, quizás por la ensoñación irlandesa de antaño,

buscaron refugio en esa isla. Uno de los más fervorosos admiradores, el vasco Eli Gallastegi, se llegó a exiliar allí tras la guerra civil, acogiendo en su casa a Manuel de Egileor durante los años de la Segunda Guerra Mundial. Barry Whelan ha analizado la experiencia de los exiliados vascos que llegaron a Irlanda durante la Segunda Guerra Mundial huyendo de la represión franquista. Estas personas consideraban que aquel país de acogida era una nación democrática, amistosa y católica. Pero se les acumularon los problemas, pues el representante diplomático de Francisco Franco en Dublín se empleó a fondo para obligar a las autoridades irlandesas a extraditar a estos disidentes de vuelta a España (Whelan, 2012: 201-210). Irlanda dejó definitivamente de ser un referente para unos nacionalistas que hubieron de buscar refugio en los exilios británico, francés y americano. Quedó, en adelante, una admiración residual, circunscrita a los irlandeses antifascistas, que fue creciendo conforme avanzó la dictadura franquista, sobre todo en los nacionalismos de izquierda.

NOTAS

1. «Yo saludo a Basconia, madre desconsortada que se abraza como a la cruz de Jesús al árbol santo de Gernika, que arraiga en el sepulcro de sus héroes y en cuyo ramaje anidan sus esperanzas. Sus hijos vinieron un día a Cataluña a ayudarnos a sacar a los alarbes de nuestros encuentros. Juntos hemos luchado. Si un día nos perdiéramos, nos reconoceríamos por el ruido de las armas.
Yo saludo a Navarra, la que en un tiempo estuvo bajo la misma corona que Cataluña. Ella idolatraba como nosotros a Carlos de Viana. Ella columpió su cuna, nosotros cerramos su sepultura. Los dos sentimientos todavía en la boca la amargura del veneno que le sirvieron. Juntos hemos llorado. Si un día con las lágrimas no nos viéramos, nos reconoceríamos por los gemidos.
Yo saludo a Galicia, melancólica y sufridora como Cataluña, una y otra motejadas de egoístas y de avaras miserables; una y otra disfrazadas por ellos con las mismas ropas para salir apaleadas y ridículas en las tablas de sus teatros. Juntos hemos sufrido y sufrimos. Si un día nos olvidáramos, nos reconoceríamos por las carcajadas» (traducc. del original en catalán, Guimerà, 1889, 63-64).
2. Traducc. del original en gallego: «IRLANDA... a isla / perla dos mares, é a doce terra / dos meus cantares, / terra de altivos / fortes colonos, / onte inda servos, / hoxe xa donos... / Ergue, labrego! Érguete e anda! / Coma en Irlanda! Coma en Irlanda!» <https://lembranzas-ines.blogspot.com/2013/03/alfredobranas.html> (consultado el 27 de febrero de 2014).
3. Así, Santiago Meabe, bajo el pseudónimo *Geyme* –acrónimo que escondía la máxima *Gora Euzkadi y Muera España*–, llamaba en 1910 a la lucha armada sosteniendo: «El dilema está claro. O ser vencidos, o vencer; o morir o matar; o edificar o destruir; o Euzkadi, o España; o el error, o la verdad; o la injusticia, o la luz de Dios; o el orden, o la disolución» (Cit. Ucelay, 2006, 110). Meabe, por otra parte, acabó siendo socialista.
4. «Traidores válidos, la noche de Frouseira, el país esclavizado, algunos reyes de Castilla. Desgastadas por el tiempo, las cadenas ya se van aflojando... Hermanos sojuzgados, de gente extranjera, ¡levantemos la bandera blanquiazu! está al pie de la bandera de la nación gallega, ¡cantémosla bien, para liberar la Tierra!». Traducc. del original en gallego: «Validos de treidores, a noite da Frouseira, a patria escravizaron, uns reises de Castela. Comestas polo tempo, xa afrouxan as cadeas... ¡irmáns asoballados, de xentes estranxeiras, ergámola bandeira azul e branca! ¡é ó pé da enseña da nazon galega, cantémolo dereito, a libertar a Terra!».
5. Sirva de ejemplo el artículo de José Villalonga sobre la nación vasca y los principios de Wilson, en donde sostenía que «el pueblo vasco puede hoy acogerse a

- los nuevos principios proclamados por el presidente Wilson» (Villalonga, 1918a), si bien este autor no llegó a proclamar el derecho a la independencia (Villalonga, 1918b). *Cfr.*: Núñez Seixas, 1995, 255-256.
6. *L'Estat català setmanari de intransigència nacionalista: surt els diumenges* (mayo de 1918), 2 núms.
 7. *L'Intransigent*, 39 (1 de octubre de 1920).
 8. Cita tomada por este autor de «Ayer, en Juventud. Conferencia de don Eduardo de Urrutia», *Euzkadi*, 9 de febrero de 1919. *Cfr.*: Núñez Seixas, 2017, 460.
 9. «Imitemos a Irlanda», *Gipuzkoarra*, 9 de octubre de 1920.
 10. Traducc. del original en inglés.
 11. L'ESTAT CATALÀ, «Per l'Estat Català», *L'Estat Català*, 1 (15 de noviembre de 1922), pp. 4-5.
 12. Años atrás, el 31 de agosto de 1924, el abogado catalanista Josep Conangla i Fontanilles había impartido en el Centre Català de la Habana, su célebre conferencia *Catalunya. Passat, present i futur*, en la que planteó la importancia de estructurar una estrategia común entre Cataluña, Euzkadi y Galicia. Conangla era el líder de los catalanistas establecidos en Cuba, desde donde estableció una vigorosa actividad militante, fundando en 1922 el Club Separatista Catalán en los locales del Centro Catalán de La Habana, así como la revista independentista *La Nueva Cataluña*.
 13. En concreto, el primer artículo sostenía que el pueblo de Cataluña, en ejercicio del derecho inmanente que le correspondía de darse por voluntad propia y sin injerencias extrañas una organización política, se constituía en Estado independiente y soberano, y adoptaba, como forma de gobierno, «la República técnico-democrática-representativa».
 14. Desde el nacionalismo vasco también se apostó por lograr sus objetivos a través de este organismo internacional (Estévez, 1992d, 311-322).
 15. Traducc. del original en inglés.
 16. Así lo advertía el tradicionalista Vicente Risco: «América nos ha mandado la irreligión, el quebrantamiento de los lazos familiares, la falta de respeto, el trato cruel a los ancianos, la frecuencia del adulterio, las prácticas anticonceptivas y el aborto provocado, los placeres contra natura, los narcóticos y estupefacientes, la falta de pudor en las mujeres, la falta de escrúpulos en los negocios, el desprecio de la vida agrícola, la despoblación del campo» (Risco, 1930; *vid.* Cardesín, 2006, 8).
 17. Ni siquiera podemos considerar una vía rupturista la proclamación simbólica del Estado gallego que, de manera efímera, se realizó en el marco de la exaltación de las manifestaciones multitudinarias desarrolladas en Ourense y Santiago de Compostela denunciando la construcción de la línea del ferrocarril Zamora-Ourense y el consiguiente aislamiento del territorio gallego (Fernández Díaz, 2006).
 18. Parece que los fundadores de la organización catalana pensaron que *Sinn Féin* significaba 'Nosotros solos'. Cabe apuntar que *Sinn Féin* significa, literalmente, 'Nosotros mismos'. 'Nosotros solos' sería *Sinn Féin Ambáin*, que fue, a su vez, un lema popular de los primeros sinnfeiners.
 19. A lo que más adelante añadía que «queremos que nuestra patria sea libre, no para separarse en fronteras sino para darse a la humanidad, por eso nosotros y nada más que por eso, entendemos que nuestra lengua lo es todo y en todos los actos de nuestra tierra no hablamos en otra. [...] Tened la seguridad de que cuando yo vuelva a mi verde tierra de Galicia, he de decirles a todos aquellos muchachos que nos siguen, cuál es vuestro fervor nacionalista, para que les sirva de ejemplo y de estímulo, y tened la seguridad de que, en todo tiempo, sea como sea, cuanto más adversas sean las circunstancias, mejor tendréis toda nuestra simpatía y todo nuestro apoyo, si es que podemos servirlos de algo a todos nuestros amigos vascos» (cit. Estévez, 2000-2001, 333).
 20. Cuyo brevísimo texto rezaba así: «Vascos, catalanes y gallegos identificados, ante el problema de la liberación de nuestros respectivos pueblos, hoy sellamos bajo el árbol de Gernika el pacto de solidaridad mutua que nos traerá la satisfacción de ese anhelo. Gernika, 2 de abril de 1933. Gora Euzkadi Askatuta. Seijo'tar Sabin [Sabin Seijo]. Viva Galiza Ceibe. Alfonso R. Castelao. Viva la Cataluña libre. Dr. J. Riera i Puntó» (De la Granja, 1989, 327; Estévez, 2000-2001, 334).
 21. Uno de los máximos defensores de Galeuzca, el líder nacionalista vasco Manuel de Irujo, sostenía con rotundidad en septiembre de 1933: «Galeuzca virtualmente ha muerto. El congreso pensado celebrar en octubre, a través de la gestión de Ginebra, carece ya de sentido y tal vez de licitud. [...] Hemos perdido toda fuerza moral para recordar a nadie la necesidad de ratificar el tratado de Compostela, cuando nosotros hemos dejado incumplido el acuerdo de acudir a Ginebra a legalizarlo. Este acto hubiera supuesto la ratificación, hecha pública ante Europa, y hemos abandonado el momento» (De la Granja, 2002, 53).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARMENGOL FERRER, Ferrán (2022): «La Generalitat de Catalunya i la República Espanyola. Sobirania, autodeterminació i pacte en la relació Catalunya-Espanya», en *Revista de Dret Històric Català*, 21, pp. 39-70.
- BALCELLS GONZÁLEZ, Albert (2013): «Catalanism and national emancipation movements in the rest of Europe between 1885 and 1939», en *Catalan Historical Review*, 6, pp. 85-104.
- BERAMENDI, Justo G. (1999): «Proyectos gallegos para la articulación política de España», en *Ayer*, 35, pp. 147-170.
- BRENNAN, Robert (1921): «Memorandum entitled ‘Ireland and Spain’», Madrid, September 1921. *Documents of Irish Foreign Policy*, vol. 1, n.º 107. NAI DFA ES Spain. <https://www.difp.ie/volume-0/0/1921/107/#section-documentpage> (consultado el 24 de febrero de 2024).
- BUTRÓN PRIDA, Gonzalo (1991): «El Gobierno irlandés ante la Guerra Civil española. Actividad legislativa y debates parlamentarios», en *Trocadero*, 3, pp. 227-238.
- CABANILLAS ENRIQUÉZ, Ramón (1917): *Da terra asoballada*. Vilagarcía de Arousa: Imprensa do Xornal Galicia Nueva.
- CARDESÍN DÍAZ, José María (2006): «‘Como en Irlanda, érguete e anda’: Castelao, la Gran Guerra y la construcción del nacionalismo gallego», en M. C. Silva (ed.): *Nação e o Estado: Entre o local e o global*. Lisboa: Afrontamento, pp. 93-105.
- CASTRO, Plácido R. (2016): «Irlanda libre (y otros textos)», en *Geopolítica(s): revista de estudios sobre espacio y poder*, vol. 7, n.º 2, pp. 301-307.
- CATTINI, Giovanni C. (2019): «La identitat política del catalanisme i els models estrangers: la recepció del cas irlandès i l’impacte de la Pasqua de 1916», en S. Serra Busquets y E. Ripoll Gil (eds.): *Identitats nacionals i nacionalismes a l’estat espanyol a l’època contemporània: Simposi Galeusca Història IV*. Palma: Institut d’Estudis Baleàrics, pp. 349-357.
- CONANGLA I FONTANILLES, Josep (1986): *La Constitució de l’Havana i altres escrits*, en J. Roy (ed.). Barcelona: Edicions de La Magrana; Diputació de Barcelona.
- CRUSET, María Eugenia (2015): «A través del Espejo: imágenes cruzadas de Irlanda y el País Vasco en Argentina», en *Navegar*, vol. 1, n.º 1, pp. 9-26.
- CULLEN, NIALL (2021): «‘Oh Ireland! What a Disappointment You Have Been to the Basque People’: Irish Non-Intervention in the Spanish Civil War», en *Society*, vol. 58, n.º 2.
- DE LA GRANJA, José Luis (1989): «La alianza de los nacionalismos periféricos en la II República: Galeuzca», en J. G. Beramendi y R. Villares (eds.): *Actas Congreso Castelao (Santiago de Compostela, 24-29 noviembre 1986)*. Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela, 1989, vol. 1, pp. 321-347.
- (2002): «Manuel Irujo y la II República española (1931-1936)», en *Vasconia*, 32, pp. 39-62.
- (2006): «El culto a Sabino Arana: la doble resurrección y el origen histórico del *Aberri Eguna* en la II República», en *Historia y política: Ideas, procesos y movimientos sociales*, 15, pp. 65-116.
- DELGADO CENDAGORTAGALARZA, Ander (2002): «El fuerismo, el *Home Rule Bill* y la política británica: el contexto internacional en los inicios del movimiento nacionalista vasco (1890-1903)», en *Historia Contemporánea*, 25, pp. 289-317.
- ELEIZALDE, Luis de (1999): *Países y razas: las aspiraciones nacionalistas en diversos pueblos (1913-1914)*, en E. Anchústegui Igartua (ed.). Bilbao: Universidad del País Vasco-Euskal Herriko Unibertsitatea.
- ESCULIES, Joan (2013): «El nacionalismo radical catalán (1913-1923)», en *Spagna Contemporanea*, 43, pp. 7-28.

- ESTÉVEZ, Xosé (1985): «El nacionalismo vasco en el concierto de los nacionalismos peninsulares», en J. Intxausti (ed.): *Euskal Herria. Historia y Sociedad*. Donostia-San Sebastián: Caja Laboral Popular, pp. 536-548.
- (1991): *De la Triple Alianza al pacto de San Sebastián (1923-1930). Antecedentes del Galeuzca*. San Sebastián: EUTG.
- (1992a): *Antología del Galeuzca en el exilio. 1939-1960*. Donostia-San Sebastián: J. A. Ascunce (Reed. Vigo: Nova Galicia, 1994).
- (1992b): *Impenitencias galeuzcanas*. Sada-A Coruña: Edición do Castro.
- (1992c): «Las relaciones entre los nacionalismos periféricos: vasco, gallego y catalán», en P. Ibarra (ed.): *Ideología y Nacionalismo*. Vitoria-Gasteiz: Instituto de Estudios sobre Nacionalismos Comparados, pp. 94-150.
- (1992d): «El nacionalismo vasco y los Congresos de Minorías Nacionales de la Sociedad de Naciones (1916-1936)», en *XI Congreso de Estudios Vascos: Nuevas formulaciones culturales: Euskal Herria y Europa*. Donostia: Eusko-Ikaskuntza, 1992, pp. 311-322.
- (1994): «Castelao no Galeuzca», en *A Trabe de Ouro*, vol. 1, n.º 5, pp. 71-79.
- (1995): «O Galeuzca no ronsel da memoria», en *Ehun urte Euskal Herrian. Desarrollo nacional y social en el siglo XX. IPES, Cuaderno de formación*, 21, pp. 23-36.
- (2000-2001): «Castelao e o País Vasco», en *Revista de lenguas y literaturas catalana, gallega y vasca*, 7, pp. 325-360.
- (2009): «El Galeuzca histórico: la búsqueda trinacional de la soberanía (1923-1959)», en *Hermes*, 29, pp. 72-83.
- (2014): «O protagonismo jelkide navarro na viaxe triangular e no Galeuzca de 1933», en J. Agirreazkuenaga Zigorraga y E. J. Alonso Olea (eds.): *Estatu-Nazioen baitako Nazioak: Nazio-gintza Kulturala eta Politikoa, Gaur Egungo Europan*. Barcelona: Base, pp. 341-362.
- FÁBREGAS, Joan P. (1932): *Irlanda i Catalunya. Paral·lelisme político-economic*. Barcelona: Atenes, S.A.
- FERNÁNDEZ DÍAZ, Xosé Carlos (2006): *El ferrocarril en Galicia. Pasado, presente y futuro*. Vigo: Ir Indo Edicións.
- FERRÉ TRILL, Xavier (2011): «Antoni Rovira i Virgili i Josep Conangla i Fontanilles (1949-1950): memòria política sobre el fet nacional», en *Aplec de treballs*, 29, pp. 113-126.
- FERRER I PONT, Joan-Carles (2007): *Nosaltres sols: la revolta irlandesa a Catalunya (1920-1923)*. Montserrat: Publicacions de l'Abadia de Montserrat.
- GARCÍA IZQUIERDO, José M. (2023): *Francesc Maspons i Anglasesell. El nostre home a la Societat de Nacions. Vida i obra (1872?-1966)*. Valls: Cossetània Edicions.
- GUIMERA, Àngel (1889): «Discurs del President del Consistori», en *Jochs Florals de Barcelona en 1889*. Barcelona: Estampa de la Renaixensa, pp. 47-66.
- JASPE, Álvaro (2008): «'Cautela, seguir mudo'. Madrid's Diplomatic Response to the Emergence of the Irish Free State 1918-1931», en *Estudios irlandeses/Journal of Irish Studies*, 3, pp. 121-131.
- (2011): «Ireland and Spain 1931-1933: Divergent Republics», en *Estudios irlandeses/Journal of Irish Studies*, 6, pp. 8-20.
- L'ESTAT CATALÀ* (1922): «Per l'Estat Català», en *L'Estat Català*, 1 (15 de noviembre de 1922), pp. 4-5.
- LORENZO ESPINOSA, José M. (1992a): *Gudari, una pasión útil. Vida y obra de Eli Gallaestegi (1892-1974)*. Tafalla: Txalaparta.
- (1992b): «Influencia del nacionalismo irlandés en el nacionalismo vasco, 1916-1936», en *XI Congreso de Estudios Vascos: Nuevas formulaciones culturales: Euskal Herria y Europa*. Donostia: Eusko Ikaskuntza, pp. 239-247.

- LLORENS I VILA, Jordi (1988): *Catalanisme i moviments nacionalistes contemporanis (1885-1901): missatges a Irlanda, Creta i Finlàndia*. Barcelona: Rafael Dalmau.
- MCCREANOR, Kyle (2019): *Ireland and the Basque Country: Nationalisms in Contact, 1895-1939*. Trabajo de fin de Máster en Historia. Montréal: Concordia University.
- (2020): «The Irish Revolution and the Basque Nationalist Movement, 1916-23», en *History Ireland*, vol. 28, n.º 1, pp. 38-41.
- MAÍZ SUÁREZ, Ramón (2000): «España y Estado español en el discurso político del nacionalismo gallego histórico (1886-1993)», en *Historia y política: Ideas, procesos y movimientos sociales*, 4, pp. 171-208.
- MASPONS I ANGLASELL, Francesc (1932): *La Generalidad de Cataluña y la República Española*. Barcelona: Tip. Occitania. Traduccs. al francés: *La Generalitat de la Catalogne et la République Espagnole*. Barcelona: s. n., 1932, y al castellano: *La Generalidad de Cataluña y la República Española*. Barcelona: Centro de Información Bibliográfica, 1932.
- MEEES, Ludger (1991): *Entre nación y clase. El nacionalismo vasco y su base social en perspectiva comparativa*. Bilbao: Fundación Sabino Arana.
- MOLAS BATLLORI, Isidre (1974): «Federació Democràtica Nacionalista (1919-1923)», en *Recerques: història, economia, cultura*, 4, pp. 137-153.
- NEIVA ZARDOYA, José Luis (1999): *La idea euskara en Navarra, 1864-1902*. Bilbao: Fundación Sabino Arana.
- NÚÑEZ SEIXAS, Xosé M. (1992): «El mito del nacionalismo irlandés y su influencia en los nacionalismos gallego, vasco y catalán (1880-1936)», en *Spagna contemporanea*, 2, pp. 25-58.
- (1995a): «Relaciones exteriores del nacionalismo vasco», en S. de Pablo Contreras (ed.): *Los nacionalistas: Historia del nacionalismo vasco, 1876-1960*. Vitoria-Gasteiz: Fundación Sancho el Sabio, pp. 381-422.
- (1998): «El espejo irlandés y los reflejos ibéricos», en *Cuadernos de Alzate: Revista vasca de la cultura y las ideas*, 18, pp. 169-190.
- (2012): «Irlanda», en S. de Pablo y otros (eds.), *Diccionario ilustrado de símbolos del nacionalismo vasco*. Madrid: Tecnos, 2012, pp. 547-562.
- (2017): «Ecos de Pascua, mitos rebeldes: el nacionalismo vasco e Irlanda (1890-1939)», en *Historia Contemporánea*, 55, pp. 447-482.
- OTAEGUI, Tomás (1922), *Nacionalismo Basko*. Buenos Aires: Est. Gráfico J. Estrach.
- RISCO, Vicente (1994 [1920]): *Teoría do nazionalismo galego*. Vigo: Galaxia.
- (1930): *El problema político de Galicia*. Madrid: Cía Iberoamericana.
- ROIG I ROSICH, Josep M. (2010): *Francesc Macià, polític, teòric, agitador: documents (1907-1931)*. Barcelona: Generalitat de Catalunya.
- ROVIRA I VIRGILI, Antoni (1912-1914): *Historia dels moviments nacionalistes*. Barcelona: Societat Catalana d'Edicions, 3 vols. Trad. *Historia de los movimientos nacionalistas*, Barcelona: Minerva, 1919, 3 vols.
- RUBIO CABALLERO, José Antonio (2011): «El espejo Irlandés: panceltismo y nordismo en el discurso nacionalista de Bretaña (1845-1945)», en *Ayer*, 84, pp. 131-158.
- RUBIRALTA I CASAS, Fermí (2021): *Estat Català sota el franquisme 1939-1968*. Barcelona: Editorial Base.
- (2023): *Daniel Cardona i Civit (1890-1943). Na biografia política*. Barcelona: Afers.
- RUIZ DESCAMPS, Nicolás (2011): *Las organizaciones juveniles del nacionalismo vasco: política, cultura y ocio (1893-1923)*. Tesis doctoral dirigida por J. L. de la Granja Sainz. Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea.

- SOLER PARICIO, Pere (2021): «Ambrose Martin: nacionalista irlandès. Del quarter d'Estat Català a la defensa del govern d'Euzkadi», en *Butlletí de la Societat Catalana d'Estudis Històrics*, 32, pp. 91-122.
- (2022): «Irlanda y el País Vasco durante la Guerra Civil española», en *Sancho el Sabio*, 45, pp. 99-132.
- SUNYER, Magí (2015): «La renaixença, una paradoxa en tres actes i un pròleg», en *Butlletí de la Societat Catalana d'Estudis Històrics*, 26, pp. 95-114.
- UCELAY DA CAL, Enrique (1978): «La crisi dels nacionalistes radicals catalans (1931-1932)», en *A Recerques: història, economia, cultura*, 8, pp. 159-206.
- (2006): «Entre el ejemplo italiano y el irlandés: la escisión generalizada de los nacionalismos hispanos, 1919-1922», en *Ayer*, 63, pp. 75-118.
- UGALDE SOLANO, Mercedes (1993): *Mujeres y nacionalismo vasco. Génesis y desarrollo de Emakume Abertzale Batza (1906-1936)*. Bilbao: Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea; Emakunde.
- UGALDE ZUBIRI, Alexander (1996): *La acción exterior del nacionalismo vasco (1890-1939): historia, pensamiento y relaciones internacionales*. Bilbao: IVAP.
- (2001): *El Consejo Vasco del Movimiento Europeo (1951-2001)*. Vitoria-Gasteiz: Europako Mugimenduaren Euskal Kontseilua/Consejo Vasco del Movimiento Europeo.
- VILLALONGA YBARRA, José (1918a): «La nación vasca y los principios de Wilson», en *Hermes*, 27.
- (1918b): «La Sociedad de las Naciones», *Hermes*, 27, pp. 178-182.
- WHELAN, Barry (2012): «The experience of Basque dissidents in Ireland during the Second World War», en *International Journal of Iberian Studies*, vol. 26, n.º 3, pp. 201-210.

RESUMEN

Desde el último cuarto del siglo XIX, Cataluña, Euskadi y Galicia mostraron una admiración especial hacia Irlanda. El alzamiento de Pascua de 1916 se erigió en auténtico símbolo para catalanes, vascos y, en menor medida, gallegos. Esta insurrección y los posteriores acontecimientos conducentes hacia la consecución de un Estado libre, estuvieron presentes en los discursos de las campañas en favor de las respectivas autonomías entre 1917 y 1919. El modelo irlandés inspiró el Pacto de la Triple Alianza, suscrito en 1923 por los nacionalistas periféricos. En la Segunda República se forjó un nuevo pacto tripartito, Galeuzca, firmado en 1933, y donde Irlanda ya no ejerció una influencia decisiva. Con la guerra civil, el alineamiento masivo de los irlandeses con el bando nacional, hizo añicos el espejo irlandés.

PALABRAS CLAVE: Irlanda, nacionalismo, Galeuzca, dictadura de Primo de Rivera, Segunda República.

LABURPENA

XIX. mendearen azken laurdenetik, Kataluniak, Euskadik eta Galiziak miresmen bezia erakutsi zioten Irlandari. 1916ko Pazko altxamendua benetako ikur bihurtu zen kataluniarrentzat, euskaldunentzat eta, neurri txikiagoan, galiziarrentzat. Matxinada hori eta Irlandako Estatu aske bat lortzera bideratutako ondorengo gertaerak, 1917 eta 1919 urteen artean bakoitzaren autonomien aldeko kanpainetako diskurtsoetan presente egon ziren. Eredü irlandarrak Aliantza Hirukoitzaren Ituna inspiratu zuen, 1923an nazionalista periferikoek sinatua. Bigarren Errepublikan hiruko itun berri bat eratu zen, Galeuzca, 1933an sinatua, non Irlandako ereduak jada ez zuen eragin erabakigarririk izan. Gerra zibilarekin, irlandarrek bando nazionalarekin izan zuten lerrokatze masiboak, irlandar ispilua apurtu zuen.

HITZ GAKOAK: Irlanda, nazionalismoa, Galeuzca, Primo de Riveraren diktadura, Bigarren Errepublika.

ABSTRACT

From the last quarter of the 19th century, Catalonia, the Basque Country and Galicia showed a special admiration for Ireland. The 1916th Easter Rising became a true symbol for Catalans, Basques and, to a lesser extent, Galicians. This insurrection and the subsequent events leading to the achievement of a free state, were present in the speeches of the campaigns in favour of the respective autonomies, between 1917 and 1919. The Irish model inspired the Pact of the Triple Alliance, signed in 1923 by the peripheral nationalists. The Second Republic saw the forging of a new tripartite pact, Galeuzca, signed in 1933, in which Ireland no longer exercised a decisive influence. With the civil war, the massive alignment of the Irish with the national side shattered the Irish mirror.

KEYWORDS: Ireland, nationalism, Galeuzca, Primo de Rivera's Dictatorship, Second Republic.